Cortés perder el tiempo que se detenia: y así ordenó que se sacase á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los artilleros el alcance de las balas: y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamaban escaupiles, invencion de la necesidad, que aprobó despues la esperiencia, dando á conocer que un poco de algodon flojamente punteado, y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los Indios, porque perdian la fuerza entre la misma flojedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Armas defensivas que llamaban escaupiles.

Al mismo tiempo hacia que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar un escuadron, á dar una carga, y á ocupar un puesto, adestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los bisoños la verdad de la guerra: cuya disciplina, practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los Romanos, que de este ejercicio tomaron el nombre los ejércitos.

Dispone Cortés que se ejerciten los soldados.

Tomaron el nombre los ejércitos del ejercicio.

Al mismo paso y con el mismo fervor se iba caminando en las demas prevenciones; pero cuando estaban todos mas gustosos con la vecindad del dia señalado para la partida, llegó á la Habana Gaspar de Garnica, criado de Diego Velazquez, con nuevos despachos para Pedro de Barba, en que le ordenaba, sin dejarle arbitrio, que quitase luego la armada á Cortés, y le enviase preso con toda seguridad: ponderándole cuan irritado quedaba con Francisco Verdugo, porque le dejó pasar de la Trinidad; y dándole á entender con este enojo lo que aventuraba en no obedecerle con mayor resolucion. Escribió tambien á Diego de Ordaz y á Juan Velazquez de Leon que asistiesen á Pedro de Barba en la ejecucion de esta órden; pero no faltó quien avisase á Cortés con el mismo Garnica de todo lo que pasaba, exhortándole á que mirase por sí; pues el que le hizo el beneficio de fiarle aquella empresa trataba de quitársela con tanto desdoro suyo, y le libraba del riesgo de ingrato, arrojándole violentamente de la obligacion en que le habia puesto.

Gaspar de Garnica viene con nuevas órdenes de Velazquez.

Ordena Velazquez á Pedro de Barba que prenda á Cortés.

Escribe á sus confidentes sobre lo mismo.

CAPITULO XIII.

Resuélvese Hernan Cortés á no dejarse atropellar de Diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion: y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Habana.

Aunque Hernan Cortés era hombre de gran corazon, no pudo dejar de sobresaltarse con esta noticia, que traia de mas sensible todo aquello que tuvo de ménos esperada: porque estaba creyendo que Diego Velazquez se habria dado por satisfecho con lo que le escribieron y aseguraron todos en respuesta de la primera órden que llegó á la villa de la Trinidad. Pero viendo que esta nueva órden venia ya con señales de obstinacion irremediable, empezó á discurrir con ménos templanza en el modo de volver por sí. Considerábase por una parte aplaudido y aclamado de todos los que le seguian; y por otra abatido, y condenado á una prision como delincuente. Reconocia que Diego Velazquez tenia empleado algun dinero en la primera formacion de aquella armada; pero tambien era suya y de sus amigos la mayor parte del gasto, y todo el nervio de la gente. Revolvia en su imaginacion todas las circunstancias de su agravio: y poniendo los ojos en los desaires que habia sufrido hasta entónces, se volvia contra sí, llegando á enojarse con su paciencia: y no sin alguna causa; porque esta virtud se deja irritar y afligir dentro de los límites de la razon; pero en pasando de ellos, declina en bajeza de ánimo, y en falta de sentido. Congojábale tambien el malogro de aquella empresa, que se perderia enteramente si él volviese las espaldas: y sobre todo le apretaba en lo mas vivo del corazon el ver aventurada su honra, cuyos riesgos, en quien sabe lo que vale, tienen el primer lugar en la defensa natural.

Discurre Cortés en volver por su reputacion.

Motivos de su resolucion.

Términos de la paciencia.

Sobre estos discursos, á este tiempo, y con esta irritacion, tomó Hernan Cortés la primera resolucion de romper con Diego Velazquez: de que se convence lo poco que le favoreció Antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia: y no es el autor mas favorable, porque Gonzalo Fernandez de Oviedo asienta que se mantuvo en la dependencia del gobernador Diego Velazquez: hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al emperador de los primeros sucesos de su conquista.

Llega el caso de negar á Diego Velazquez la obediencia.

Fué justa y razonable la resolucion de Cortés.

Cabe la defensa de la razon en la historia.

No parezca digresion agena del asunto el habernos detenido en preservar de estos primeros deslucimientos á nuestro Hernan Cortés. Tan léjos tenemos las causas de la lisonja en lo que defendemos, como las del odio en lo que impugnamos; pero cuando la verdad abre camino para desagraviar los principios de un hombre que supo hacerse tan grande con sus obras, debemos seguir sus pasos, y complacernos de que sea lo mas cierto lo que está mejor á su fama.

Culpa de algunos historiadores el inclinarse á los ménos favorables.

Bien conocemos que no se debe callar en la historia lo que se tuviere por culpable, ni omitir lo que fuere digno de reprension: pues sirven tanto en ella los ejemplos que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden á la imitacion de la virtud; pero esto de inquirir lo peor de las acciones, y referir como verdad lo que se imaginó, es mala inclinacion del ingenio, y culpa conocida en algunos escritores que leyeron á Cornelio Tácito con ambicion de imitar lo inimitable, y se persuaden á que le beben el espíritu en lo que malician ó interpretan con ménos artificio que veneno.

Vana imitacion de Cornelio Tácito.

No era tiempo de obrar con moderacion.

Volviendo pues á nuestra narracion, resuelto ya Hernan Cortés á que no le convenia disimular su queja, ni era tiempo de consejos medios, que ordinariamente son enemigos de las resoluciones grandes, trató de mirar por sí, usando de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester: y ántes que Pedro de Barba se determinase á publicar la órden que tenia contra él, puso toda su diligencia en apartar de la Habana á Diego de Ordaz, de quien se recelaba mas, despues que supo los intentos que tuvo de hacerse nombrar por gobernador en su ausencia: y así le ordenó que se embarcase luego en uno de los bajeles, y fuese á Guanicanico, poblacion situada de la otra parte del cabo de San Anton, para recoger unos bastimentos que se habian encaminado por aquel parage, mientras él llegaba con el resto de la armada: y asistiendo á la ejecucion de esta órden con sosegada actividad, se halló brevemente desembarazado del sugeto que podia hacerle alguna oposicion; y pasó á verse con Juan Velazquez de Leon, á quien redujo fácilmente á su partido, porque estaba algo desabrido con su pariente, y era hombre de mas docilidad y ménos artificio que Diego de Ordaz.

Aparta Hernan Cortés de la Habana á Diego de Ordaz.

Reduce á Juan Velazquez de Leon.

Ofrecen asistirle todos los nobles de su séquito.

Con estas prevenciones se dejó ver de sus soldados, publicando la nueva persecucion de que estaba amenazado. Corrió la voz, y vinieron todos á ofrecérsele conformes en la resolucion de asistirle, aunque diferentes en el modo de darse á entender: porque los nobles manifestaban su ánimo como efecto natural de su obligacion; pero los demas

tomaron su causa con sobrado fervor, rompiendo en voces descompuestas, que llegaron á poner en cuidado al mismo que favorecian: verificándose en su inquietud y en sus amenazas lo que suele perder la razon cuando se deja tratar de la muchedumbre.

Y el resto del ejército con mayor destemplanza.

Busca Pedro de Barba á Hernan Cortés.

Pónese de su parte públicamente.

Pero ántes que tomase cuerpo este primer movimiento de la gente, conociendo Pedro de Barba lo que aventuraba en la dilacion, buscó á Hernan Cortés, y entró desarmando todo aquel aparato con decir á voces que no trataba de poner en ejecucion la órden de Diego Velazquez, ni queria que por su mano se obrase una sinrazon tan conocida: con que se convirtieron las amenazas en aplausos; y aseguró luego la sinceridad de su ánimo, despachando públicamente á Gaspar de Garnica con una carta para Diego Velazquez, en que le decia, que ya no era tiempo de detener á Cortés, porque se hallaba con mucha gente para dejarse maltratar, ó reducirse á obedecer: y le ponderaba, no sin encarecimiento, la inquietud que ocasionó su órden en aquellos soldados, y el peligro en que se vió aquel pueblo de alguna turbacion: concluyendo la carta con aconsejarle que llevase á Cortés por el camino de la confianza, cobrando el beneficio pasado con nuevos beneficios, y se aventurase á fiar de su agradecimiento lo que ya no se podia esperar de la persuasion ni de la fuerza.

Lo que respondió á Diego Velazquez

Tratase de abreviar la partida.

Hecha esta diligencia, se puso todo el cuidado en abreviar la partida: y fué necesario, para sosegar la gente, que mal hallada, al parecer, sin la cólera que habia concebido, volvia nuevamente á inquietarse con una voz que corrió de que Diego Velazquez trataba de venir á ejecutar personalmente aquella violencia, como dicen que lo tuvo resuelto. Pero aventurara mucho, y no lo hubiera conseguido: porque suele ser flaco argumento el de la autoridad para disputar con los que tienen la razon y la fuerza de su parte.

CAPITULO XIV.

Distribuye Cortés los cargos de su armada: parte de la Habana, y llega á la isla de Cozumel, donde pasa muestra, y anima sus soldados á la empresa.

Hállase Cortés con diez bajeles y un bergantin.

Habíase agregado un bergantin de mediano porte á los diez bajeles que estaban prevenidos: y así formó Cortés de su gente once compañías, dando una á cada bajel: para cuyo gobierno nombró por capitanes á Juan Velazquez

Forma compañías, y nombra capitanes.

de Leon, Alonso Hernandez Por tocarrero, Francisco de Montejo, Cristoval de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo, y Diego de Ordaz; que no le apartó para olvidarle, ni se resolvió á tenerle ocioso, dejándole desobligado: y reservando para sí el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á Gines de Nortes. Dió tambien el cuidado de la artillería á Francisco de Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia, y el cargo de piloto mayor á Anton de Alaminos, diestro en aquellos mares por haber tenido esta misma ocupacion en los dos viajes de Francisco Fernandez de Córdoba y Juan de Grijalva. Formó sus instrucciones, previniendo con cuidadosa prolijidad las contingencias: y llegado el dia de la embarcacion, se dijo con solemnidad una misa del Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio, para asegurar los progresos de la obra que emprendian: y Hernan Cortés en el primer acto de su jurisdiccion dió para el regimiento de la armada el nombre de San Pedro, que fué lo mismo que invocarle y reconocerle por patron de aquella empresa, como lo habia sido de todas sus acciones desde sus primeros años. Ordenó luegó á Pedro de Alvarado, que adelantándose por la banda del norte, buscase en Guanicanico á Diego de Ordaz, para que juntos le esperasen en el cabo de San Anton; y á los demas que siguiesen la capitana: y en caso que el viento ó algun accidente los apartase, tomasen el rumbo de la isla de Cozumel, que descubrió Juan de Grijalva, poco distante de la tierra que buscaban, donde se habia de tratar y resolver lo que conviniese para entrar en ella, y proseguir el intento de su jornada.

Encarga la artillería á Francisco de Orozco.

Embárcase la gente.

Devocion de San Pedro.

Encamina su armada á la isla de Cozumel.

Partieron últimamente del puerto de la Habana en diez de febrero del año de mil y quinientos y diez y nueve, favorecidos al principio del viento; pero tardó poco en declararles su inconstancia: porque al caer del sol se levantó un recio temporal que los puso en grande turbacion; y al cerrar de la noche fué necesario que los bajeles se apartasen para no ofenderse, y corriesen impetuosamente, dejándose llevar del viento, y eligiendo como voluntaria la velocidad que no podian resistir. El navío que gobernaba Francisco de Morla padeció mas que todos, porque un embate del mar le llevó de traves el timon, y le dejó á pique de perderse. Hizo diferentes llamadas con que puso en nuevo cuidado á los compañeros, que atentos al peligro ageno, sin olvidar el propio, hicieron cuanto les fué posible para mantenerse cerca, forcejando á veces, y á veces contemporizando con el viento. Cesó la tormenta con la noche; y cuando se pudieron distinguir con la primera luz los bajeles, acudió Cortés, y se acercaron todos al que zozobraba; y á costa de alguna detencion se remedió el daño que habia padecido.

Sobreviene un recio temporal.

Peligra el navío de Francisco de Morla.

En este tiempo Pedro de Alvarado, que, como vimos, se adelantó en busca de Diego de Ordaz, se halló con el dia arrojado de la tempestad mas dentro del golfo que pensaba: porque el mismo cuidado de apartarse de la tierra que iba costeando le obligó á correr sin reserva, tomando como seguridad el peligro menor. Reconoció el piloto por la brújula y carta de marear que habian decaido tanto del rumbo que traian, y se hallaban ya tan distantes del cabo de San Anton, que seria temeridad el volver atras; y propuso como conveniente el pasar de una vez á la isla de Cozumel. Dejólo á su arbitrio Pedro de Alvarado, acordándole con flojedad la órden que traia de Hernan Cortés, que fué lo mismo que dispensarla: y así continuaron su viaje, y surgieron en la isla dos dias ántes que la armada. Saltaron en tierra con ánimo de alojarse en un pueblo vecino á la costa, que el capitan y algunos de los soldados conocian ya desde el viaje de Juan de Grijalva; pero le hallaron despoblado, porque los Indios que le habitaban, al reconocer el desembarco de los estrangeros, dejaron sus casas, retirándose la tierra adentro con sus pobres alhajas, pequeño estorbo de la fuga.

Pedro de Alvarado toma el rumbo de Cozumel.

Llega Pedro de Alvarado á la isla de Cozumel.

Era Pedro de Alvarado mozo de espíritu y valor, hecho á obedecer con resolucion; pero nuevo en el mandar, para tomarla por sí. Engañóse creyendo que miéntras llegase la armada, seria virtud en un soldado todo lo que no fuese ociosidad; y así ordenó que marchase la gente á reconocer lo interior de la isla: y á poco mas de una legua hallaron otro lugar, despoblado tambien, pero no tan desproveido como el primero; porque habia en él alguna ropa, gallinas y otros bastimentos, que se aplicaron los soldados como bienes sin dueño, ó como despojos de la guerra que no habia: y entrando en un adoratorio de aquellos sus ídolos abominables, hallaron algunas joyuelas ó pendientes que servian á su adorno, y algunos instrumentos del sacrificio hechos de oro con mezcla de cobre, que aun siendo baladí, se les hacia ligero. Jornada sin utilidad ni consejo, que solo sirvió de escarmentar á los naturales de la isla, y embarazar el intento que se llevaba de pacificarlos. Conoció, aunque tarde, Pedro de Alvarado que era licencia lo que tuvo por actividad; y así se retiró con su gente al primer alojamiento, haciendo en el camino tres prisioneros, dos Indios y una India, desgraciados en huir, que se dieron sin resistencia.

Hace entrada en la isla contra órden.

Llegó la armada el dia siguiente, habiendo recogido el bajel de Diego de Ordaz, porque Hernan Cortés le avisó desde el cabo de San Anton que viniese á incorporarse con ella, temiendo la contingencia de que se hubiese

Llega la armada á Cozumel.

descaminado con la tempestad Pedro de Alvarado, que le traia cuidadoso: y aunque se alegró interiormente de hallarle ya en salvamento, mandó prender al piloto, y reprendió ásperamente al capitan, porque no habia guardado y hecho guardar su órden, y por el atrevimiento de hacer entrada en la isla, y permitir á sus soldados que saqueasen el lugar donde llegaron: sobre lo cual le dijo algunos pesares en público, y con toda la voz, como quien deseaba que su reprension fuese doctrina para los demas. Llamó luego á los tres prisioneros, y por medio de Melchor el intérprete (que venia solo en esta jornada, porque habia muerto su compañero) les dió á entender lo que sentia el mal pasage que hicieron á su pueblo aquellos soldados: y mandando que se les restituyese el oro y la ropa que ellos mismos eligieron, los puso en libertad, y les dió algunas bujerías que llevasen de presente á sus caciques, para que á vista de estas señales de paz perdiesen el miedo que habian concebido.

Reprende Cortès la entrada de Alvarado.

Asegura por medio de unos prisioneros á los vecinos de la isla.

Alojóse la gente en el puerto mas vecino á la costa, y descansó tres dias sin pasar adelante, por no aumentar la turbacion de los isleños. Pasó muestra en escuadron el ejército, y se hallaron quinientos y ocho soldados, diez y seis caballos, y ciento y nueve entre maestres, pilotos y marineros, sin los dos capellanes el licenciado Juan Diaz, y el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de Nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista.

Alójase la gente, y pasa muestra el ejército.

Pasada la muestra, volvió á su alojamiento acompañado de los capitanes y soldados mas principales: y tomando entre ellos lugar poco diferente, los habló en esta sustancia: « Cuando considero, « amigos y compañeros mios, cómo nos ha juntado « en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y « persecuciones dejamos atras, y cómo se nos han « deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra « que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia « es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos. « Su causa nos lleva, y la de nuestro rey, que tambien es suya, « á conquistar regiones no conocidas; y ella misma volverá por « sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la em- « presa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, « facciones increibles, batallas desiguales en que habreis menes- « ter socorreros de todo vuestro valor, miserias de la necesidad, « inclemencias del tiempo, y asperezas de la tierra, en que os « será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los « hombres, y tan hijo del corazon como el primero: que en la « guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por « esta razon tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llama-

Habla Hernan Cortès á sus soldados.

« ron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer, y hechos á « pelear en esas islas que dejais conquistadas: mayor es nuestra em- « presa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía: que siempre « son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad « pintó en lo mas alto de los montes el templo de la Fama, y su « simulacro en lo mas alto del templo, dando á entender que para « hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el « trabajo de los ojos. Pocos somos; pero la union multiplica los « ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza. « Uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere, una « la mano en la ejecucion, comun la utilidad, y comun la gloria « en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros « se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro « caudillo soy: y seré el primero en aventurar la vida por el me- « nor de los soldados. Mas tendreis que obedecer en mi ejemplo, « que en mis órdenes: y puedo aseguraros de mí, que me basta « el ánimo á conquistar un mundo entero; y aun me lo promete « el corazon con no sé qué movimiento estraordinario, que suele « ser el mejor de los presagios. Alto pues á convertir en obras « las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues « se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí todo « lo que espero de vosotros. »

Así los persuadia y animaba, cuando llegó noticia de que se habian dejado ver algunos Indios á pequeña distancia; y aunque al parecer venian desunidos, y sin aparato de guerra, mandó Cortés que se previniese la gente sin ruido de cajas, y que estuviese encubierta al abrigo del mismo alojamiento hasta ver si se acercaban, y con qué determinacion.

Déjanse ver los Indios de Cozumel en varias tropas.

CAPITULO XV.

Pacifica Hernan Cortés los isleños de Cozumel: hace amistad con el cacique: derriba los ídolos; da principio á la introduccion del Evangelio; y procura cobrar unos Españoles que estaban prisioneros en Yucatan.

Estaban los Indios en pequeñas tropas discurriendo al parecer entre sí, como quien observaba el movimiento, y se animaba en la quietud de nuestra gente. Ibanse acercando los mas atrevidos; y como estos no recibian daño, se atrevian los cobardes: con que en breve rato llegaron algunos al cuartel, y hallaron en Cortés y en los demas tan favorable acogida, que convocaron á sus compañeros. Vinieron muchos aquel dia, y andaban entre los soldados con alegre familiaridad, tan ha-

Pacifícanse los Indios de Cozumel.

llados con sus huéspedes, que apénas se les conocia la admiracion; ántes se portaban como gente enseñada á tratar con forasteros.

Idolo muy venerado en Cozumel.

Habia en esta isla un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia inficionada la devocion de diferentes provincias de la tierra firme, que frecuentaban su templo en continuas peregrinaciones: y así estaban los isleños de Cozumel hechos á comerciar con naciones estrangeras de diversos trages y lenguas; por cuya causa ó no estrañarian la novedad de nuestra gente, ó la estrañarian sin encogimiento.

Visita á Cortés el cacique de la isla.

Aquella noche se retiraron todos á sus casas: y el dia siguiente vino el cacique principal de la isla á visitar á Cortés con grande, aunque deslucido acompañamiento, trayendo él mismo su embajada y su regalo. Recibióle con agasajo y cortesía, y por medio del intérprete le aseguró de su benevolencia, y le ofreció su amistad y la de su gente: á que respondió, que la admitia, y que era hombre que la sabria mantener. Oyóse entre los Indios que le acompañaban uno, que al

Noticias de Castilla en la isla.

parecer repetia mal pronunciado el nombre de Castilla: y Hernan Cortés, en quien nunca el divertimiento llegaba á ser descuido, reparó en ello, y mandó al intérprete que averiguase la significacion de aquella palabra; cuya advertencia, aunque pareció entónces casual, fué de tanta consideracion para facilitar la conquista de Nueva España como veremos despues.

Hállase noticia de unos prisioneros españoles que residian en Yucatan.

Decia el Indio que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en Yucatan, naturales de una tierra que se llamaba Castilla: y apénas lo oyó Cortés, cuando resolvió ponerlos en libertad, y traerlos á su compañía. Informóse mejor: y hallando que estaban en poder de unos Indios principales que residian dos jornadas la tierra adentro de Yucatan, comunicó su intento al cacique para que le dijese, si eran Indios guerreros los que tenian en su dominio aquellos cristianos, y con qué fuerza se podria

Prontitud notable del cacique.

conseguir el sacarlos de esclavitud. Respondióle con pronta y notable advertencia, que seria lo mas seguro tratar de rescatarlos á trueque de algunas dádivas; porque entrando de guerra, se espondria á que matasen los esclavos, y á no quedar airoso con el castigo de sus dueños. Abrazó Hernan Cortés su consejo, admirándose de hallar tan buena política en el cacique, á quien debió de enseñar algo de la razon que llaman de estado aquello poco que tenia de príncipe.

Va por los prisioneros Diego de Ordaz.

Dispuso luego que Diego de Ordaz pasase con su bajel y con la gente de su cargo á la costa de Yucatan por la parte mas vecina á Cozumel, que serian cuatro leguas de travesía, y que echase en tierra los Indios que señaló el mismo cacique para esta diligencia: los cuales llevaron carta de Cortés para los prisioneros, con algunas bujerías que sirviesen

de precio á su rescate; y Diego de Ordaz órden para esperarlos ocho dias, en cuyo término ofrecieron los Indios volver con la respuesta.

Hace Hernan Cortés buen pasage á los isleños.

Entre tanto Cortés marchó con su gente unida á reconocer la isla; no porque le pareciese necesario ir en defensa, sino porque no se desmandasen los soldados, y recibiesen algun daño los naturales. Decíales: « Que aquella era una pobre gente sin resistencia, cuya « sinceridad pedia como deuda el buen tratamiento, y cuya po- « breza ataba las manos á la codicia: que de aquel pequeño pedazo « de tierra no se habia de sacar otra riqueza que la buena fama. « Y no penseis (proseguia) que la opinion que aquí se ganare se « estrecha á los cortos límites de una isla miserable; pues el con- « curso de los peregrinos que suelen acudir á ella, como habeis « entendido, llevará vuestro nombre á otras regiones, donde ha- « bremos menester despues el crédito de piadosos y amigos de « la razon, para facilitar nuestros intentos, y tener ménos que « pelear donde haya mas que adquirir. » Con estas y otras amigables pláticas los llevaba contentos y reprimidos. Iban siempre acompañados del cacique y de muchos Indios que acudian con bastimentos: y pasaban cuentas de vidrio por buena moneda, creyendo que hacian á los compradores el mismo engaño que padecian.

Templo y forma del ídolo de Cozumel.

Fiereza de todos los ídolos.

A poco trecho de la costa se hallaron en el templo de aquel ídolo tan venerado, fábrica de piedra en forma cuadrada, y de no despreciable arquitectura. Era el ídolo de figura humana; pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejanza de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que adoraba aquella gentilidad, diferentes en la hechura y en la significacion, pero conformes en lo feo y abominable: ó acertasen aquellos bárbaros en lo que fingian; ó fuese que el demonio se les aparecia como es, y dejaba en su imaginacion aquellas especies: con que seria primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro.

Cozumel, nombre del ídolo.

Dicen que se llamaba este ídolo Cozumel, y que dió á la isla el nombre que se conserva hoy en ella: mal conservado, si es el mismo que el demonio tomó para sí: falta de advertencia que se ha vinculado en los mapas contra toda razon.

Predicaba un sacerdote del ídolo.

Habia gran concurso de Indios cuando llegaron los Españoles, y en medio de ellos estaba un sacerdote, que se diferenciaba de los demas en no sé qué ornamento, ó media vestidura de que tenia mal cubiertas las carnes: y al parecer les predicaba, ó inducia con voces y ademanes dignos de risa; porque desvariaba en tono de sermon, y con toda aquella gravedad y ponderacion que cabe en un hombre desnudo. Inter-

Procura Cortés reducir al cacique.

rumpióle Cortés, y vuelto al cacique, le dijo: « Que « para mantener la amistad que entre los dos tenian « asentada, era necesario que dejase la falsa adora- « cion de sus ídolos, y que á su ejemplo hiciesen lo mismo sus « vasallos. » Y apartándose con él y con el intérprete, le dió á entender su engaño, y la verdad de nuestra religion, con argumentos manuales acomodados á la rudeza de sus oidos; pero tan eficaces, que el Indio quedó asombrado, sin acertar á responder, como quien tenia entendimiento para conocer su ignorancia. Cobróse, y pidió licencia para comunicar aquel negocio á los sacerdotes: porque en puntos de religion les dejaba, ó les cedia la suprema autoridad. De cuya conferencia resultó el venir aquel venerable predicador acompañado de otros de su profesion, y el dar todos grandes voces, que descifradas por el intérprete contenian diferentes protestas de parte del cielo contra cualquiera que se atreviese á turbar el culto de sus dioses, intimando que se veria el castigo al mismo instante que se intentase el atrevimiento. Irritóse Cortés de oir semejante amenaza; y los soldados, hechos á observar su semblante, conocieron su determinacion, y embistieron con el ídolo, arrojándole del altar hecho pedazos, y ejecutando lo mismo con otros ídolos menores que ocupaban diferentes nichos. Quedaron atónitos los Indios de ver posible aquel destrozo: y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza que esperaban, se fué convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezaron á correrse de tener dioses tan sufridos: siendo esta vergüenza el primer esfuerzo que hizo la verdad en sus corazones. Corrieron la misma fortuna otros adoratorios: y en el principal de ellos, limpio ya de aquellos fragmentos inmundos, se fabricó un altar, y se colocó una imágen de Nuestra Señora, fijando á la entrada una cruz grande que labraron con piadosa diligencia los carpinteros de la armada. Díjose misa en aquel altar el dia siguiente, y asistieron á ella, mezclados con los Españoles, el cacique y mucho número de Indios con un silencio, que parecia devocion, y pudo ser efecto natural del respeto que infunden aquellas santas ceremonias, ó sobrenatural del mismo inefable misterio.

Protestas del sacerdote.

Derribanse los ídolos de Cozumel.

Fabricase altar, y se dice misa.

Oyen misa los Indios.

Así ocuparon el tiempo Cortés y sus soldados hasta que pasados los ocho dias que llevó de término Diego de Ordaz para esperar á los Españoles que estaban cautivos en Yucatan, volvió á la isla sin traer noticia de ellos, ni de los Indios que se encargaron de buscarlos. Sintiólo mucho Hernan Cortés; pero en la duda de que le hubiesen engañado aquellos bárbaros, por quedarse con los rescates que tanto codiciaban, no quiso detener su viaje, ni dar á entender su recelo al cacique; ántes se despidió de él con urbanidad y agasajo, encargándole

Vuelve Diego de Ordaz sin los prisioneros.

mucho la cruz y aquella santa imágen que dejaba en su poder, cuya veneracion fiaba de su amistad, entre tanto que mejor instruido pudiese abrazar la verdad con el entendimiento.

Encomienda Cortés al cacique la santa imágen y la cruz.

CAPITULO XVI.

Prosigue Hernan Cortés su viaje, y se halla obligado de un accidente á volver á la misma isla: recoge con esta detencion á Gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatan, y se da cuenta de su cautiverio.

Volvió Cortés á su navegacion con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva, y buscar aquellas tierras de donde le retiró su demasiada obediencia. Iba la armada viento en popa, y todos alegres de verse ya en viaje; pero á pocas horas de prosperidad se hallaron en un accidente que los puso en cuidado. Disparó una pieza el navío de Juan de Escalante; y volviendo todos á mirarle, repararon al principio en que seguia con dificultad; y despues en que tomaba la vuelta de la isla. Conoció Hernan Cortés lo que aquellas señas daban á entender: y sin detener en el discurso la resolucion, mandó que toda la armada volviese en su seguimiento. Fué bien necesaria la diligencia de Juan de Escalante para escapar el bajel: porque se iba llenando de agua tan irremediablemente, que llegó á la isla en términos de anegarse, aunque tardaron poco los que venian en su socorro. Desembarcó la gente; y acudieron luego á la costa el cacique y algunos de sus Indios, que al parecer no dejaban de estrañar con algun recelo la brevedad de la vuelta; pero luego que entendieron la causa, ayudaron con alegre solicitud á la descarga del bajel, y asistieron despues á los reparos y á la carena de que necesitaba: siendo en uno y en otro de mucho servicio sus canoas, y la destreza con que las manejaban.

Vuelve á navegar la armada.

Peligra el bajel de Juan de Escalante.

Vuelve la armada á Cozumel.

Entre tanto que esto se disponia, fué Hernan Cortés acompañado del cacique y de algunos de sus soldados á visitar y reconocer el templo, y halló la cruz y la imágen de Nuestra Señora en el mismo lugar donde quedaron colocadas: notando con gran consuelo suyo algunas señales de veneracion que se reconocian en la limpieza y perfumes del templo, y en diferentes flores y ramos con que tenian adornado el altar. Dió las gracias al cacique de que se hubiese tenido en su ausencia aquel cuidado: y él las admitia, y se congratulaba con todos, encareciendo como hazaña de su buen proceder aquellas dos ó tres horas de constancia.

Hallanse nuevas señales de veneracion en el altar.

066954